

*Nombres propios, cosas comunes. Y ¡plop!,
que salten las ideas como ranas en el estanque.*

El centro exacto

Esta es nuestra casa del Sur,
la casa donde escribo el poema.
Este punto en el piso
es el centro de la casa,
la casa que es el centro del pueblo,
el pueblo es el centro del país.
Para decirlo con claridad, medido
con la mayor precisión poética posible:
este lugar es el centro del mundo.
Me paro sobre el punto visible
pero disimulado en el piso de la casa
y sonrío: nadie más que nosotros
tiene el privilegio de conocer
este dato revelador.

De buen humor

Estoy de espaldas a la ventana:
la luz del mediodía tiene ágiles patas
de hormiga, se prende en el aire,
en las cosas, atraviesa los vidrios,
entra a la casa y la enciende.
Aun con los ojos cerrados puedo ver
que se desliza y nos alcanza,
como alguien que pone los dedos
sobre lo que más quiere.

Los días de abril están de buen humor,
los pensamientos están de buen humor.
Me gustaría que se quedaran a vivir.
Solo tenemos que darles algún motivo.

Recuerdos

Theodore Sturgeon, sí, no debe ser agradable
descubrir que se tienen los recuerdos de otro.
Lo leí en tu libro *Más que humano*.
Hay personas que nos encontramos tan necesitadas
de recuerdos como otras de olvidarlos.
Pero nunca se sabe con el pasado.



Que el poema no baje línea: que la suba.

Suele confundirse al poema con cien pájaros volando.

La poesía no diferencia poema en mano de cien volando.

La imaginación es una parte de lo real, como lo real es una
parte de la imaginación.

La realidad del poema es una parte de la verdad.

La verdad de la poesía se esconde detrás de la verdad.

La verdad del poema es otra clase de verdad.

Para el lenguaje no hay verdades fuera del lenguaje.

En el lenguaje la verdad no es un lugar seguro.

Las palabras, aunque no cambien, cambian con las épocas.

El lenguaje viene a través de los años y nunca es el mismo

El lenguaje es un viajero del tiempo abriéndose paso en el
presente.

Para la poesía hoy también es ayer y es mañana.

Hay poemas con vocación de continuo presente.

Que el movimiento continuo de la poesía no tenga punto de
llegada.

Chimangos

Salís a caminar y me decís que ves
chimangos con sus picos largos, curvos,
y que oís sus gritos agudos.
¿Chimangos? ¿Dónde?
Yo también debería verlos.
Decís que son dos chimangos
que chillan en el cielo
y que no se quedan dando vueltas
en el aire sin sentido, que sobrevuelan
tus ojos y escarban bajo tu pelo
con picotazos breves, certeros, repetidos,
decís que uno es macho, la otra, hembra,
y que lo más probable es que aniden
y se queden a empollar los pichones
en tu cabeza, y yo lo creo.

Gallos y perros

Temprano oímos cantar a los gallos.
También los perros se hacen oír.
Algo intentan decir, como la voz
con la que escribo, que no es una voz,
es un sonido como el de la nieve al caer,
que no tiene sonido ni parece un sonido,
pero es un sonido, estrictamente hablando.

Todo está claro en gallos y perros,
sin embargo, quedan pocas cosas claras,
claras como la nieve que está cayendo,
la nieve que durante el día y la noche
seguirá cayendo sobre gallos, perros, personas,
cayendo sobre la nieve misma, un sonido
que oímos como se oye lo imposible.

Vean lo que pasa

A veces hay que salir por ahí
y estar en desacuerdo con todo,
aunque las vacas aúllen y los perros silben,
y si no vean lo que pasa cuando se le dice
todo que sí a lo que mueve
la cola por una caricia.

Al día siguiente del funeral

Al día siguiente del funeral de mi padre
en un cuaderno Arte escribí un poema
que cubrió ocho hojas completas:
fue una catarsis, un poema río
que me arrastró aguas abajo.
Pasaron varios meses
antes de animarme a releer esas líneas.

Las corregí sin piedad, como hace la muerte,
fui sacando palabras íntimas, innecesarias,
partes enteras, y me quedé con lo único
que fue capaz de nombrar el momento: nada.
No quedó nada, ni una sílaba, ni una coma
de ese largo poema a mi padre
que había sido hecho de pena y de todo.

Cabeza atrapada en la puerta

Frío en el calor, alto en lo bajo.
Me disculpo, no puedo voltear la cabeza
porque la tengo atrapada en la puerta.
¿Y si me animara a gritar?
Ni saludar a los vecinos puedo
con la cabeza inmóvil.

Entrando para salir, ignorando para saber.
Si llegara a encontrar una salida
las palabras serán las primeras en enterarse.

No me digan que no es un espectáculo

Hay momentos desperejos
en que todo se vuelve contra el sentido,
la cabeza se apoya sobre los pies
y la mano despide al que volvió.
Ante el cuadro desalentador
el brazo cambia de rodilla
y las orejas se suben a un árbol
para hacer ruidos como las lechuzas.
No me digan que no es un espectáculo
ver en serias dudas a la verdad.

Final de escena

Una liebre de marzo en el mes equivocado
y un conejo blanco olvidado en la galera.
Una pelea a muerte con palabras
y palabras que mueren con las botas puestas.
Una voz que habla sola antes de hablarnos
y una voz que no volverá a hablar.
Alguien que sale por última vez
de una habitación hecha para el amor
y alguien que mira callado una tierra desconocida.
Un amor no correspondido hasta que la muerte los separe
y dos pies caminando sin destino sobre las aguas.

Perro negro tallado en la nieve

Si al galgo negro le dijera que en estos días animados
es posible concebir la realidad con liebre albedrío
me diría que los juegos de palabras no son lo mío.
No es necesario engañar a nadie con el lenguaje,
esa especie de conciencia crítica en la memoria.
Las cosas tienen su maravilla y su complicación
y los sueños no se pueden torcer en el sueño.
Las palabras piden estar donde las cosas suceden:
quieren seguir en escena, despiertas y fantasiosas,
con sus ropas y sus historias para ponerse.
El poema se talla como a un perro negro en la nieve.



El dibujo del año 1971 pertenece a la colección de Blanca Negri.
Los demás forman parte del libro Bioma, con fotografías de
de Miguel Escobar Ruiz y Ariel Pess.

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
www.edicionesdesmesura.com
Nº209 - Año XIV - Abril de 2026
San Carlos de Bariloche



JUAN C. MOISÉS
POEMAS

CAROLI WILLIAMS
DIBUJOS